

Aspectos Lingüísticos de la Crisis

Mario Montalbetti
Lingüista

Las relaciones entre los sistemas lingüísticos y económicos (en particular entre el lenguaje y el dinero, entre palabras y monedas) han sido observadas desde antiguo tanto para acuñar símiles sugerentes cuanto para señalar semejanzas estructurales en los procesos de simbolización inherentes a ambos sistemas¹.

En muchos sentidos las palabras son como las monedas, y viceversa. Zenón de Elea solía decir que "las frases hermosas son como las monedas de Alejandro: bellas y bien acuñadas, pero no valen nada. En cambio, las palabras toscas pero llenas de razón son como las monedas áticas de cuatro dracmas"²... Platón encontraba la relación siniestramente reveladora y la empleó para atacar a los sofistas. Estos hacían creer que la sabiduría (o la virtud -cf. *Protágoras* 349) se podía comprar y vender, es decir, *medir* con dinero. Al defender a la convención como medida universal, las sofistas destacaban al mismo tiempo a sus dos manifestaciones más patentes: el dinero y el lenguaje. Los sofistas son pues, para Platón, "mercaderes del espíritu" porque intercambian cosas por palabras como quien intercambia cosas por dinero. Los sofistas no son de fiar porque se interesan en los signos (lingüísticos y monetarios) más que en lo representado por ellos. Aristófanes se reía de los sofistas diciendo que "se les puede parar la lengua con una moneda en la boca"³.

Tal como se puede comenzar a intuir, las relaciones analógicas entre lenguaje y dinero se basan en su poder igualador. Dos objetos pueden ser distintos (digamos, una vaca y una carretilla) pero son igualados cuando pueden ser traducidos

al sistema económico. El dinero es un común denominador para dos objetos que de otra manera son incomparables. Simétricamente, las palabras igualan a las cosas al traducirlas a un sistema lingüístico (mediante las palabras "vaca" y "carretilla" respectivamente). Así visto, los objetos no tienen valor intrínsecamente; sólo tienen valor si pueden ser traducidos a un sistema lingüístico/económico. Si algo no tiene nombre no existe para el lenguaje; si algo no tiene precio, tampoco existe para la economía. Estos son, simplíficamente, los términos de la comparación.

Aristóteles también atacó a los sofistas acusándolos de "ganar dinero gracias a una sabiduría... irreal"⁴. Aristóteles, sin embargo, abrió otro flanco que vale la pena incorporar, sus consideraciones sobre la usura: "Es muy justa la general aversión inspirada por la usura, porque proporciona una riqueza procedente de la moneda misma a la que se le da un empleo que no es el uso propio. Esta fue creada por el cambio; y la usura multiplica sin que haya cambio alguno al dinero... El interés es dinero nacido del dinero"⁵. Su ataque a la usura económica puede extrapolarse a la usura lingüística: la riqueza creada por la multiplicación de palabras por palabras es "irreal" ya que esta riqueza no proviene del cambio palabra-cosa. Si esta extrapolación es permitida entonces toda metáfora es una farsa verbal.

Esta última conclusión radical es defendida más adelante por Rousseau en *Emilio*, en particular cuando presenta su perspicaz análisis de la fábula/poema "El cuervo y el zorro" de La Fontaine. El zorro adulator hace que las palabras sin referentes parezcan reales (parezcan verdaderas palabras que pueden intercambiarse por cosas). Para Rousseau la metáfora es una adulación del sentido que puede producir ganancias (el zo-

1. Una buena historia de la relación se puede encontrar en los trabajos de Marc Shell, *The Economy of Literature* (1978) y *Money, Language and Thought* (1982). Hay versiones castellanas publicadas por el Fondo de Cultura Económica. Varias de las referencias históricas que empleo en este artículo provienen de esas fuentes.

2. Diógenes Laercio: *Vidas de Filósofos Eminentes*, Libro VII, 18.

3. Aristófanes: *Plutón* 379. Citado en Shell 1978.

4. Aristóteles: *Ética Nicomaquea*, 1164a30. Citado en Shell 1978.

5. Aristóteles: *Política* 1258b.

rro adulador termina con el queso del cuervo) pero una vez más, irreales.

En verdad, aun las ganancias "reales" del lenguaje no-metafórico son enajenantes para Rousseau. El lenguaje es el pecado original; su poder corruptor altera la naturaleza misma de las cosas al intercambiarla por palabras. Para "conocer a las cosas como son" Rousseau nos pide un ejercicio de Crusocismo; nos pide imaginarnos en una isla solitaria donde no exista el intercambio (ni el verbal ni el monetario). Los signos lingüísticos de intercambio son las palabras, los signos económicos las monedas, y los signos políticos las representaciones políticas: las tres son representaciones y por lo tanto enajenaciones, en opinión de Rousseau.

Podemos ser más o menos tolerantes, aprobar o desaprobar los fines, empleos o conclusiones de la comparación entre el lenguaje y el dinero, pero parece indiscutible que los términos mismos de la comparación han constituido históricamente un señuelo infalible que ha sido mordido por una lista larga de pensadores que incluye a Marx, Nietzsche, Wittgenstein y McLuhan. El penúltimo escribió: "Tú dices: lo importante no es la palabra sino su significado, y piensas en el significado como si fuese una cosa del mismo tipo que una palabra, aunque diferente. Aquí está la palabra y aquí su significado. Aquí el dinero y aquí la vaca que puedes comprar con él. (Pero contrasta: el dinero y su uso)"⁶.

Quisiera a continuación (luego de haber presentado algunas pruebas de la existencia de una venerable tradición que ha jugado con la analogía entre lenguaje y dinero) usar la comparación para decir un par de cosas sobre las repercusiones lingüísticas de la crisis económica actual. En efecto, hemos patentado nuevos sustantivos ("paquetazos", p.ej.) y novedosos verbos ("sincerar" p.ej.) pero en realidad me referiré más bien a aspectos más globales y no a reportar descubrimientos léxicos. Tampoco es indispensable para lo que sigue asumir que el lenguaje es superestructural respecto de la economía, ni que las propiedades del lenguaje son determinadas por las condiciones económicas. Simplemente quiero observar que nuestro lenguaje (esa versión del castellano que reconocemos como "peruano") refleja bastante detalladamente aspectos concretos de nuestra economía (esa versión de alguna ciencia, nos aseguran, que llamamos "el modelo peruano").

Usaré la comparación entonces en los siguientes términos. El valor de una moneda puede considerarse desde dos puntos de vista: en relación a los bienes que se pueden adquirir con ella (p.ej., x intis = y Inca Kolas) o en relación a su equivalencia con monedas de otros sistemas monetarios (p.ej., x intis = y dólares). Las palabras pueden concebirse en términos parecidos. El valor de una palabra puede ser visto doblemente: en relación a los objetos que puedo "adquirir" con ella (p.ej., con la palabra "casa" puedo *adquirir* -es decir, referir a- casas) o en relación a su equivalencia con otras palabras de otros sistemas lingüísticos (p.ej., "casa" = "house").

Según M. Shell el economista A.R.J. Turgot sostuvo en el siglo XVIII algo parecido. Para Turgot, "los lenguajes son diferentes según las naciones, pero todos tienen un término común que los identifica. En el caso de la lengua, este término común abarca las cosas... o ideas comunes a todas las naciones. En el caso de la moneda, el término común es el valor"⁸. Para Turgot también no podemos evaluar una moneda sino con otra.

Podemos preguntarnos a continuación si esta base analógica sirve para entender también procesos globales más complejos. Mi propia opinión es que sí. Consideremos el caso de la inflación/devaluación económica. Por un lado, necesitamos más monedas (más dinero) para adquirir los mismos objetos que antes adquiriríamos por menos. El poder adquisitivo de nuestra moneda es menor que antes; el valor de cambio de monedas por objetos se ha alterado negativamente. ¿No ocurre algo similar con nuestras otras monedas, las palabras? En efecto, el poder adquisitivo de nuestras palabras parece haber decaído paralelamente. Es decir, necesitamos más palabras para decir lo mismo que antes decíamos con menos. Cuando decimos comúnmente que el sentido de determinada palabra "se ha devaluado" empleamos una estricta metáfora económica: con esa palabra referíamos a un objeto al que ahora sólo puedo referir empleando más palabras.

Llamemos *universo del discurso*, al conjunto de "bienes" de un sistema lingüístico; es decir, al conjunto de objetos referibles con términos del sistema. Esto nos permitirá considerar un nuevo proceso.

Contemporáneamente a la inflación/devaluación vivimos un proceso de recesión que tam-

6. L. Wittgenstein: *Philosophical Investigations*, 120.

7. Utilizo el término en un sentido intuitivo, no-técnico (desligado, p.ej. de la teoría saussureana del valor -aunque como se advertirá hay semejanzas).

8. M. Shell (1978).

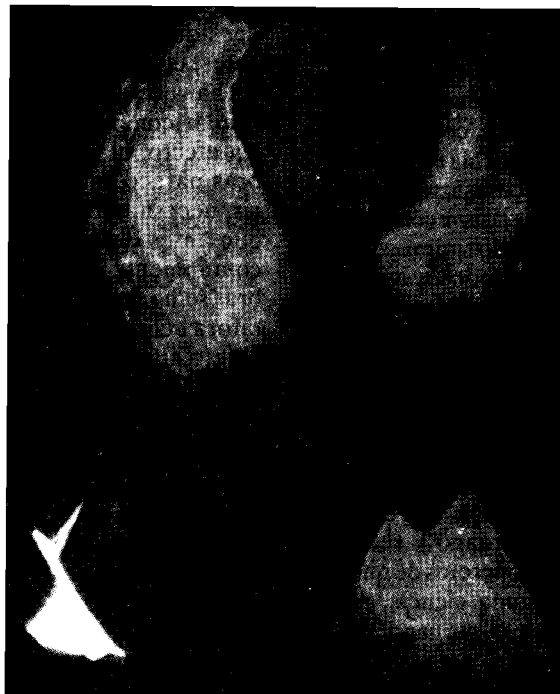
bién tiene su contraparte lingüística. Si bien gracias a la inflación lingüística necesitamos cada vez más palabras para adquirir los mismos referentes, gracias a la recesión lingüística, cada vez referimos a menos objetos. En otras palabras, cada vez hablamos de menos y menos cosas. Cada vez más hablamos de las mismas. Puesto en otros términos: el universo de nuestro discurso se ha contraído. Pero el número de palabras para referir a esos pocos objetos se ha multiplicado.

Debemos ahora refinar un tanto los términos de la analogía; porque toda analogía termina en algún lugar. Una diferencia importante en la comparación que consideramos es que si bien un Estado controla la cantidad de dinero en circulación un Estado no controla la cantidad de palabras en circulación. Tampoco un Estado controla la cantidad de objetos referibles con expresiones lingüísticas. Esto es cierto, pero no completamente.

El diálogo político supone un discurso político común. Podemos entendernos con el Estado si hablamos el mismo lenguaje. (Supongamos que este ideal político es compartido por un Estado).

Ahora bien, si un Estado "habla demasiado", si contribuye a inflar la cantidad de palabras que emplea (sin dotarlas de nuevos referentes) entonces devalúa automáticamente mis palabras, ya que mi intención es, en efecto, dialogar con él. Un Estado también puede imponer el universo del discurso político, restringiendo (o ampliando) el número de objetos sobre los cuales habremos de dialogar. En mi opinión, es responsabilidad de un Estado controlar el circulante lingüístico del discurso político de un país. Tan importante como un Banco Central de Reserva (Económico) es un Banco Central de Reservas (Lingüístico). Buena parte de la vida política consiste entonces en luchar para que los términos del diálogo se mantengan. La inflación lingüística genera tanto malestar como la económica, aunque sus manifestaciones no sean tan materialmente visibles.

Y esto explica finalmente un último punto. Una desmesurada inflación lingüística produce una reacción obvia: la violencia material, física. Por eso la violencia no habla. La violencia no puede hablar porque no permite ser traducida (y por lo tanto igualada) a un sistema lingüístico. La violencia es muda.



Mensaje